

que en ella tiene la aristocracia su origen, y solo la aristocracia lo explica. Esto supuesto, ¿cuándo debió terminarse la guerra interior entre los principios monárquico, democrático y religioso, por una parte; y el aristocrático, por otra? Debió terminarse, cuando tuviese un término la guerra exterior; puesto que en ella habia tenido su origen. Lo que debia suceder, sucedió; siendo admirable la concordancia entre la lógica de las ideas y la lógica de los hechos, entre la filosofía y la historia.

La aristocracia dejó de ser poderosa, no solo para dominar, sino hasta para combatir, en tiempo de los reyes católicos, cuando, expulsados los árabes de Granada, vió la Europa tremolar sobre sus muros el estandarte de la cruz, vencedor del estandarte del profeta en un torneo de ocho siglos.

## ESTADO DE LAS RELACIONES DIPLOMÁTICAS

ENTRE FRANCIA Y ESPAÑA,

EXPLICADO

POR EL CARACTER DE LAS ALIANZAS EUROPEAS.

---

ARTÍCULO PUBLICADO EN LA **REVISTA DE MADRID,**

EN EL AÑO DE 1839.

---

ESTADO DE LAS RELACIONES DIPLOMATICAS

ENTRE FRANCIA Y ESPAÑA,

EXPLICADO

POR EL CARACTER DE LAS ALIANZAS EUROPEAS.

---

APASIONADA y borrascosa, aun mas que de costumbre, ha sido la discusion sobre el estado de nuestras relaciones exteriores, en la presente legislatura. Lo cual no causará maravilla ni á propios ni á extraños, si se advierte por una parte, que vá andando el tiempo, desde que se encendió en el Norte de España la tea de la discordia, y que con el tiempo van agravándose nuestras dolencias, y creciendo nuestras tribulaciones; y por otra, que algunas potencias, que se llaman nuestras amigas, y que son nuestras aliadas, apartan de nuestros infortunios sus ojos, cierran á nuestros clamores sus oídos, y retiran de nuestra mano su mano. ¿Qué mucho, pues, que tomando consejo de su desesperacion, los representantes de la nacion española no puedan sofocar en la garganta la queja? ¿Quién pedirá templanza y mesura á los agraviados y á los

tristes? ¿Quién impedirá al agraviado que levante al Cielo su clamor, y al triste que gima?

Y sin embargo, fuerza es confesar, por mas que el confesarlo sea para mí doloroso, que si los señores diputados que tomaron parte en esta solemne discusion, dieron muestra del mas acendrado patriotismo, no supieron no solo resolver, pero ni aun fijar la grave y árdua cuestion que á los cuerpos colegisladores habia sometido la regente augusta de España.

Del tratado de la cuádruple alianza, solo nos queda el nombre sin la cosa, la letra sin el espíritu. Hecho es este, que ni los legisladores ni los escritores públicos necesitan consignar y encarecer; como quiera que bastante consignado está en nuestro desamparo y abandono, y que sobradamente le encarecen las voces de espanto y de dolor que se lanzan en los aires, las víctimas que sucumben, y la sangre que se derrama del uno al otro mar, y desde las cumbres del Pirineo hasta las columnas de Hércules. Este hecho no necesita consignacion ni encarecimiento ni declamaciones; pero debe ser bien comprendido; y para serlo, debe ser bien explicado.

Ahora bien, en el estado en que se encuentra Europa, una cuestion internacional, cualquiera que ella sea, no puede ser cabalmente comprendida, sino lo son del mismo modo todas las grandes cuestiones que se agitan y promueven por los gabinetes europeos. ¡Tan grande es su trabazon, tan íntima su mútua dependencia, en esta era del mundo! Por eso, no buscaré yo el origen de la conducta de la Francia en la claridad ú oscuridad del espíritu ó de la letra del tratado. Tampoco le buscaré en afectos personales, que no alcanzan ya á determinar la política de los príncipes, ni son poderosos para estrechar ó romper los vínculos de las naciones; porque las naciones y los príncipes, atentos hoy á mas graves intereses, ni conciertan alianzas, ni ajustan paces, ni se declaran la guerra por tan livianos motivos. Para encontrar el verdadero origen del profundo olvido en que yace, por parte de una nacion vecina, el tratado de la cuádruple alianza, es necesario levantar el pensamiento á la contemplacion de las varias vicisitudes y trastornos que han experimentado las alianzas europeas.

Unas mismas son las causas generales que producen las guerras y las alianzas, en todos los tiempos y entre todas las naciones, á saber: los principios religiosos, los principios políticos, y los intereses materiales. No sé si existe una época en la historia, en que una sola de estas causas; sin ser modificada por las demas, haya sido bastante poderosa para dividir á los pueblos en grupos encontrados, y en confederaciones enemigas; pero sí me creo autorizado para afirmar, sin temor de ser desmentido por los hechos, que en cada una de las grandes épocas históricas del género humano, una de esas causas generales ha ejercido un influjo mas poderoso que las otras, en las alianzas y contiendas de las naciones, asentando su imperio y su dominacion sobre las gentes. Para no tomar desde muy arriba la corriente de los siglos, me limitaré á consultar los anales de la Europa moderna.

Cuando el Cristianismo, encarnado en los Pontífices, subió al Capitolio, y los bárbaros del Norte se derramaron por el imperio de los Césares, el principio religioso, siendo el único principio social que á la sazón existia, fué el dominante en el mundo. Por esta razon, en esa época histórica, el principio religioso preside á las guerras que se levantan, á las confederaciones que se forman, y á los tratados que se ajustan. La Iglesia católica se encontró sucesivamente en presencia de las sectas heréticas, del islamismo, y de la iglesia reformada: en presencia de Arrio, de Mahoma, y de Lutero. El encuentro de esas diversas sectas y de esas opuestas religiones sirve para explicar cumplidamente las guerras y las alianzas de ese periodo histórico, que comienza con la destruccion del imperio de Occidente, y concluye con la paz de Westphalia, y con la guerra de treinta años. Si se suprime de esta época el principio religioso, quedan suprimidas de una vez cuasi todas las alianzas, cuasi todas las guerras, y cuasi toda la historia. Porque ¿qué nos contaría la historia de esos tiempos bárbaros, si no nos refiriera las mil sangrientas batallas que trabaron entre sí los cristianos ortodoxos y los sectarios hereges, la formidable liga de todos los pueblos de la cristiandad contra todas las razas y naciones que adoraban el estandarte del profeta, y el encuentro del Occi-

dente y del Oriente por la conquista y la posesion de un sepulcro?

Y no se crea que en toda la prolongacion de esta época dominada por el principio religioso, ni se levantaron guerras, ni se ajustaron alianzas, que tuvieran su origen en los principios políticos y en los intereses materiales, no: porque estos intereses y aquellos principios son eternos: el principio religioso, en una época determinada, puede dominarlos; pero en ninguna época social, puede suprimirlos. Por esta razon, en este periodo histórico, como en todos los demas, los príncipes y las naciones se encontraron en los campos de batalla para dilatar sus dominios, para acrecentar su poderío, y para ensanchar sus fronteras. Por donde se vé, que cuando afirmo que, en esta época del mundo, el principio religioso presidió á las guerras y á las alianzas de los pueblos, nada mas quiero decir, sino que el principio religioso, como dominante que era entonces en Europa, no consintió que por ningun otro principio se aparejasen los ejércitos y se conmoviesen las naciones, cuando en la contienda estaba directa ó indirectamente interesado. Nada mas quiero decir, sino que cuando la cuestion religiosa aparecia, todas las demas cuestiones se aplazaban. Nada mas quiero decir, finalmente, sino que los príncipes y los pueblos separados entre sí por la divergencia de sus principios políticos, ó la oposicion de sus intereses materiales, militaban bajo una misma bandera, si por ventura reconocian un mismo principio religioso; así como militaban bajo banderas diferentes, si reconocian diversos dogmas ó diferentes religiones, aun cuando fuesen aliados naturales por la identidad de sus intereses, y por la consonancia de sus principios políticos. Este orden de cosas tuvo fin, cuando, tras largos años de guerras y de disturbios entre protestantes y católicos, lució un día de paz y de bonanza para entrambas religiones; cuando la diplomacia europea, presentando la oliva á los ya desalentados combatientes, inauguró un nuevo culto, y reconoció políticamente un nuevo cristianismo, á quien dió el nombre de Iglesia Reformada en sus fuentes bautismales.

Este día señaló una nueva era para el mundo. Cuando se comienza á transigir sobre un principio, ese principio comienza á per-

der su imperio sobre las sociedades humanas: por esta razon, las transacciones son signos ciertos de que la dominacion de un principio acaba, y la de otro nuevo se anuncia; de que el último va á entrar en el periodo de su progreso, y el primero en el de su decadencia. Esto cabalmente sucedió entonces con el principio religioso. Enflaquecida la Iglesia católica con la escision de la iglesia protestante, y la iglesia protestante con las discordias que atesoraba en su seno, el principio, que cuando fué uno, fué el principio dominante en los consejos de los príncipes y en el corazon de las naciones, quebrantada su poderosa y magnífica unidad, abandonó el imperio de la Europa; y entrando, si puede decirse así, en un augusto reposo, dejó libre el campo, para que nuevos principios y nuevos intereses se señoreasen de la tierra.

Entonces llegó su vez á los intereses materiales; y los gabinetes pusieron exclusivamente sus miras en el equilibrio europeo. Así como, en los siglos bárbaros, las alianzas y las guerras se ordenaron principalmente para un fin, que fué la dominacion asentada y exclusiva de un principio religioso, así tambien, despues de los tratados de Munster y de Ornabruock, se ordenaron para otro fin, supremo en esta época social, que fué la conservacion del equilibrio en las regiones occidentales del mundo. En los siglos anteriores, la única cuestion general que ocupaba los ánimos de los hombres, era si el Occidente esclarecería con la antorcha de la fé las tinieblas del Oriente; si la Iglesia ortodoxa estirparía las heregías; si las huestes cristianas relegarían al otro lado de los mares europeos, y mas allá de sus islas, á las muchedumbres agarenas. Despues de la paz de Westphalia, la única cuestion general que ocupaba los ánimos de los hombres, fué la de si la balanza en donde se pesaban los destinos del mundo, permanecería en su fiel, ó si se inclinaría al lado de la Francia, ó al lado del santo imperio. Así como, en la época anterior, los príncipes y las naciones sacrificaban sus intereses políticos y materiales al triunfo de sus creencias religiosas, de la misma manera, en la época que vamos recorriendo, sacrificaron frecuentemente sus creencias religiosas á la estension de sus dominios.

Entre tanto, con el abatimiento del principio religioso y la dominación del principio materialista, se emancipó completamente la razón humana, libre ya de sus antiguas ligaduras. En los primeros días de su emancipación, tímida y modesta, sin duda por el recuerdo de su pasada servidumbre, solo se ocupó en interrogar á la historia, en penetrar el sentido misterioso de las palabras pronunciadas por los filósofos antiguos, á quienes rindió culto y homenaje, esclava de su voz, como si su voz fuera la verdad, y toda la verdad, anunciada á la tierra por los antiguos oráculos. Este periodo, que es el de la infancia de la filosofía, no podía durar mucho tiempo. Porque ¿cómo es posible concebir que la razón humana, después de haberse emancipado de la autoridad teocrática y religiosa, se humillase por largo espacio de tiempo ante la autoridad ilegítima y bastarda de los antiguos filósofos? Pues ¿qué la que se tenía en mucho para ser esclava de Dios, podía estimarse en tan poco, que se reconociera á sí propia esclava de algunos hombres? O no hay lógica en el progresivo desarrollo de los acontecimientos y de las ideas; ó la emancipación de la razón humana debía terminarse por la adoración de sí misma. El cetro del mundo es demasiado grave, y los hombres demasíadamente flacos para moverle, si por ventura no se agrupan y se unen. No llevándole Dios, deben llevarle todos. No perteneciendo á la Providencia Divina, no podía pertenecer á la razón de Pitágoras, ni á la de Platón, ni á la de Aristóteles, ni á la de Epicuro, sino á la razón humana; es decir, á la razón de todos los hombres. Así fué que la razón humana, una vez separada de Dios, apuró en breves instantes las consecuencias lógicas de su absoluto aislamiento, proclamándose á sí propia señora de la tierra, y alzando hasta las nubes su trono.

Este segundo y último periodo de la filosofía comienza en el siglo XVIII: señora entonces del mundo de las ideas, aspiró á descender de tan augustas regiones, para dominar los acontecimientos históricos, y para dirigir las sociedades humanas. Lo cual no parecerá extraño al que considere cuán natural cosa es que, siendo las ideas las que determinan los hechos, aspire á reinar sobre los he-

chos la que es señora ya de las ideas. Entonces sucedió que la filosofía, buscando *el por qué* de todas las cosas, quiso averiguar *el por qué* de todas las instituciones políticas, religiosas y sociales; y citó ante su augusto tribunal á los reyes, á los sacerdotes y á los pueblos. Y cómo, por una parte, *el por qué* de estas instituciones estaba escrito en una esfera mas alta que la suya; y como, por otra, la filosofía negaba todo lo que estaba fuera de su jurisdicción y dominio, negó *el por qué* de todas las instituciones existentes, las desdeñó como absurdas, las condenó como monstruosas, y las ejerceró como opresivas y arbitrarias. Y como la filosofía no podía contentarse á sí propia con esta negación absoluta, quiso, nuevo Prometeo, robar al Cielo su lumbre, y amasar nuevamente á su antojo, dándole el soplo de vida, el barro vil de la tierra.

Entonces se volvió contra los reyes estremecidos en sus tronos; y confundiendo la institución con las personas, no vió en ellos sino usurpadores y tiranos. Entonces se volvió contra los sacerdotes; y confundiendo á la religión con sus ministros, no vió en ellos sino asquerosas harpías. Entonces, en fin, se dirigió á la plebe; y no pudiendo explicar *el por qué* de su abatimiento, siendo entre todas las clases de la sociedad la mas fuerte y poderosa, presumió que en todas las relaciones sociales habia desorden, perturbación y anarquía; no pudiendo concebir que no residiera el poder, y no estuviera el derecho, en donde estaba la fuerza. Y viendo todos estos desórdenes, y todos estos trastornos en las relaciones naturales de las cosas, quiso reformar todas las instituciones humanas.

Nada hay que no sea lógico y providencialmente necesario en esta loca ambición de la filosofía, que tantos vértigos habia de causar al mundo, que tantas plagas habia de traer sobre los hombres, y tal tesoro de calamidades habia de derramar sobre la tierra. La filosofía se separa de Dios, niega á Dios, se hace Dios. Hecha Dios, se reviste á sí propia de aquellos atributos, en virtud de los cuales la Divinidad con una palabra destruye, y con otra saca al hombre del polvo, y al mundo del caos. Por eso, así como Dios hizo al hombre á su semejanza é imagen, la filosofía quiso hacer á la sociedad á su imagen y semejanza. Por eso, á imitación de Jesucristo, que

dió su Evangelio al mundo, quiso dar su Evangelio á las sociedades, mostrándolas, en medio de las tempestades de la revolucion, como Moisés coronada la frente de rayos desde la cresta tempestuosa del Sinaí, las nuevas tablas de la ley, en donde estaban escritos los *derechos imprescriptibles del hombre*. Así, la revolucion francesa debia ser lógicamente el sangriento comentario, y el término providencial de la emancipacion de la razon humana, como tambien el último de sus extravíos.

Con esta revolucion, tiene principio el tercer periodo de las alianzas europeas. Los intereses materiales, que habian comenzado á prevalecer sobre el principio religioso, perdieron entonces toda su importancia, en presencia de un interés mas grande, mas general, mas exigente, en presencia del nuevo símbolo de la nueva fé, que sus fanáticos sectarios querian imponer á todas las gentes con la espada y con el fuego; llevándole como signo de redencion, si posible fuera, hasta los remates del mundo. Los reyes temian por su poder, los pueblos por sus creencias; y todos, por las antiguas y venerandas instituciones que habia sancionado la historia, que se habian identificado ya con las costumbres, como obra lenta y trabajosa de la sabiduría de las generaciones pasadas, y como resultado del trascurso de los siglos. Por eso, sucedió que, aplazadas para tiempos mas bonancibles sus contiendas y varias pretensiones, y reprimidos sus odios, así los príncipes como los pueblos se unieron entre sí, para atajar la corriente de la revolucion, con una estrecha lazada. Jamás la Europa habia visto formadas en más corto espacio de tiempo un número mayor de coaliciones generales contra una nacion, á quien sus escándalos y sus crímenes habian puesto fuera de la humanidad, y fuera de la ley. Juntos combatieron entonces los que pertenecian á la comunidad de la Iglesia católica, de la iglesia griega y de la iglesia protestante. Juntos combatieron al enemigo comun las razas alemanas, slavas y normando-sajonas: y en un mismo campamento se vieron vivaquear los soldados de todas las naciones.

De lo dicho hasta aquí, resulta: 1.º Que en todos los grandes periodos en que la historia moderna se divide, las guerras y las

alianzas son determinadas por un principio dominante; desde la destruccion del imperio romano hasta la paz de Westphalia, el dominante es el principio religioso; desde la paz de Westphalia hasta la revolucion francesa, los intereses materiales son los que predominan, y las alianzas y las guerras tienen por objeto resolver la cuestion del equilibrio del mundo; desde la revolucion francesa, el principio político prevalece sobre la cuestion religiosa y sobre la del equilibrio europeo; y las guerras y las alianzas tienen por objeto resolver, si las sociedades se han de constituir monárquica ó democráticamente, si ha de triunfar la historia ó la filosofía. 2.º Que todos estos periodos históricos se diferencian entre sí, porque están dominados por principios diferentes; y se parecen entre sí, porque esos diversos principios dominan á las sociedades de un mismo modo, y porque las sociedades obedecen á su imperio de una misma manera. Viniendo á resultar de aquí, que en todas las épocas sociales hay diversidad ó identidad á un mismo tiempo, siendo esa diversidad y esa identidad combinadas la ley de las naciones, del género humano y de la historia. Que todos esos periodos históricos se diferencian entre sí, porque están dominados por principios diferentes, es una cosa clara á todas luces: que se parecen entre sí, porque esos diversos principios dominan á las sociedades de un mismo modo, y porque las sociedades obedecen á su imperio de una misma manera, es un hecho susceptible de fácil demostracion, si por ventura nó está ya por sí mismo bastante demostrado.

En la primera época, los príncipes cristianos estuvieron frecuentemente divididos entre sí, á causa de sus intereses materiales: y sin embargo, siempre hicieron el sacrificio de sus intereses á la dominacion del principio religioso; cuando aquellos movian sus ánimos á la guerra, y este á la paz, siempre ajustaron paces entre sí, y renunciaron á la guerra. En la época segunda, los príncipes estuvieron frecuentemente divididos entre sí por sus principios religiosos; y sin embargo, siempre hicieron el sacrificio de sus principios religiosos á sus intereses materiales; cuando aquellos les aconsejaban la guerra, y estos la paz, siempre ajustaron paces en-